

EDITORIAL

¡Por una historia integral!

En la era de las especialidades y los refinamientos tecnológicos es absolutamente válido encaminar las investigaciones históricas por senderos definidos. Todas las áreas del saber humano han experimentado la escisión. El médico generalista ha dado paso a los pediatras, cirujanos, otorrinolaringólogos y otros tantos *logos* más. Así, el enfermo cuenta con una formidable artillería que vigila cada parte de su cuerpo por separado. Las ciencias sociales también se han ramificado en áreas específicas. La sociología, antropología, sicología y demás *ías* aligeran al investigador la carga para el camino y le ayudan —como al médico en su diagnóstico— a profundizar en el análisis y acercarse con mayor seguridad al producto final.

De la misma manera, la Historia se especializa hoy en historia económica, social, política, urbana, etc. Y nadie duda de que en los tres ejemplos señalados —medicina, ciencias sociales e historia— la especialidad ha conseguido formidables resultados. Pero también, la preocupación por el árbol que sombra el camino ha evitado en muchísimas ocasiones apreciar la complejidad del bosque. Es decir, el empeño por desenmarañar un problema concreto ha impedido en numerosos casos su inserción en el contexto más amplio que le corresponde, afectando la comprensión integral del problema dentro del margen de las variables aplicables de lugar y tiempo.

La concepción desvirtuada de los valores reales de la especialidad ha llevado a posiciones difíciles de sostener dentro de los cánones de la lógica historiográfica que, a fin de cuentas, aspira a explicar la conducta del hombre en sus complejas circunstancias individuales y sociales. Eso ocurre, por ejemplo, cuando nos empeñamos en divorciar —¡y nada menos que por incompatibilidad de caracteres!— la historia “socio-económica” de la “política” e “institucional” o cuando la historia pretende escribirse desde el pueblo llano y se ignora precisamente a los grupos hegemónicos de la economía y la administración pública; o sea, a la gente que ostenta el poder y toma decisiones que afectan al resto del país. El libro de Fernando Picó, *Libertad y servidumbre*, es un excelente ejemplo del efecto que tiene sobre los grupos no hegemónicos —los marginados de la “gran” historia tradicional— la comunidad de intereses entre el Estado y los poderosos.

La visión microscópica que enfoca la historia desde un grupo particular, prescindiendo de la interacción de éste con otros grupos o capas sociales y el Estado, padece el mismo grado de miopía que la historia de los héroes; sólo se invierten los protagonistas. En vez de hacerse la historia de o desde los próceres se hace la de o desde los pobres. El resultado es una interpretación tan fragmentada e incompleta como la anterior. Por eso impugnamos esa estrechez de miras a la hora de plantearse el problema histórico. Abogamos por una historia integral en la que —dentro de los cánones de la especialidad— se conjuguen los diversos elementos que atañen al problema que se estudia.

Para explicar las grandes teorías de la historia desde el nivel local o para entender a cabalidad el juego de las principales fuerzas económicas y sociales es absolutamente necesario integrar las relaciones —conflictivas o no— entre los poderosos y los marginados, o entre ellos mismos y sus capas intermedias, y el cuadro estatal que los enmarca. Porque, ¿cómo explicar a los deudores sin los prestamistas, a los dominados sin el dominador? Si vivimos un mundo que funciona a base de instituciones, sean sociales, económicas, político-administrativas o incluso deportivas, ¿cómo ignorarlas, marginándolas del análisis histórico? ¿Acaso no forman parte del problema?

Del mismo modo que el nefrólogo no puede prescindir del cuadro general del paciente para acertar su diagnóstico y asignar el tratamiento adecuado, tampoco puede el historiador social obviar las condiciones político-administrativas que encuadran las transmutaciones económicas y sociales. Si de verdad queremos vincular el pueblo a su propia historia no podemos reducir su mundo a los estrechos límites de su clase social o su habitat inmediato. Por el contrario, entenderá mejor las peculiaridades de su condición particular y colectiva si ampliamos su horizonte, haciéndole conocer su complejo entorno total, nacional e internacional. Sólo así logrará entender su realidad presente cara al futuro.